EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XXXVI — DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA — NÚM 11011

PRECIOS DE SUSCRIPCION

En la Península—Un mes, 2 ptas—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses, 11'25 id—La suscripción se contará desde 1° y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración

REDACCION Y ADMINISTRACION MAYOR 24

MIÉRCOLES 20 DE JULIO DE 1898

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette rue Caumartin 61, y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

LA PREPARATORIA MILITAR

JARA, 1, PRINCIPAL

á cargo de los capitanes de Ingenieros y de Artillería

DON SALVADOR NAVARRO Y DON FULGENCIO QUETCUTI

Preparación para todas las carreras del Ejército y Armada

Esta Academia ha ingresado desde su fundación ó sea en 2 años, los alumnos siguientes:

Infantería	Artillería	Ingenieros
D. Joaquín García.	D. Genaro Pérez Conesa.	D. Enrique Rolandi
» José Chacón.	» Francisco Barceló.	
» José Gimeno.	» Juan Izquierdo.	
» José Córdoba López.		

Infantería de Marina

D. Carlos Coll.

Clases especiales para la convocatoria de Noviembre.

Detalles y reglamentos de 8 á 12 en la Academia.

LA SECCION DE MILLONARIOS

Recordarán nuestros lectores que al romperse las relaciones diplomáticas entre los Estados Unidos y España y surgir de pronto el estado de guerra, unos cuantos hijos de millonarios de Nueva York, exaltados por la prensa gingoista, decidieron constituir una sección que la gente calificó desde luego con el nombre de escuadrón ó regimiento de los ricos.

Iniciada la idea, fué llevada velozmente á la práctica, y en un momento quedó formada la unidad guerrera. La característica de los yankis es la diligencia y no quedó desmentida en esta ocasión.

Llegado el momento de embarcar para Cuba, los voluntarios ricos fueron los primeros en poner el pié á bordo; tenían prisa de probar al mundo su patriotismo y ni su sangre joven se avenía á probarla los últimos, ni su condición allanera les permitía dejarse posponer por los regimientos de negros y demás ganapanes que se dedican á pelear por cualquiera á tanto la hora.

¡Qué entusiasmo el de la prensa patriotera al ver partir para Cuba al escuadrón de ricos! Aquellos jóvenes, que dejaban voluntariamente la vida regalona y sin privaciones por la existencia de campaña preñada de peligros y cuidados, probaban sin género de duda que la guerra era popularísima y deseada por cuantos viven á la sombra de la bandera del tío Sam.

El tiempo ha transcurrido; la guerra se ha empeñado, y los hechos han venido á aquilatar el valor de aquel acto de la juventud neoyorkina, que parecía oro puro y ha resultado de dublé. Los jóvenes aristócratas creyeron *engancharse* para asistir á una gira patriótica, en la cual quedaba todo reducido á comer opíparamente y á matar el tiempo cazando españoles; pero el programa resultó en la práctica muy distinto y la dorada juventud que pensaba llegar, ver, vencer y retornar llevando en las sienes el laurel del triunfo, ha quedado con la frente marcada por el estigma de la cobardía.

Cobardes llama á los oficiales de ese cuerpo el periódico más filibustero y antiespañol de la Unión Americana, el mismo que los aduló y señaló como ejemplo de patriotismo y valentía.

¡Qué cargos descarga ese periódico contra el coronel y el teniente coronel que estaban ausentes el día que las fuerzas de su mando recibieron orden de apoderarse de las Lomas de San Juan.

¿Y de los soldados?

De esos millonarios dice «El World»:

«Cuando se dió orden de avanzar y tomar las trincheras españolas, en vez de obedecer se dispersaron los voluntarios, atemorizados por el fuego de los soldados españoles. Entonces un importante destacamento de tropas regulares tuvo que salir al encuentro de los fugitivos para cortarles el paso; y fué tal la indignación que produjo ver huir á los aristócratas de Nueva York, que los soldados los acometían llamándolos cobardes.»

A confesión de parte...

¿Qué hubiera pasado si en Santiago hubiera habido guarnición numerosa y más harina en los almacenes?

GLORIAS NACIONALES

Conquista de Tunez.

20 de Julio de 1535.

Conquistada la Goleta por las tropas que en persona mandaba el emperador Carlos V, este dispuso la marcha á Túnez para batir á las huestes de Barbaroja y apoderarse de la población.

La marcha se hizo con gran pompa y justas precauciones.

La vanguardia formábanla algunas compañías de caballos ligeros y 8.000 veteranos españoles é italianos, mandados estos por el marqués del Vasto y príncipe de Salerno, y llevando á sus costados bandas de escogidos arcabuceros para rechazar cualquiera agresión.

Seguían á estas tropas los soldados que á brazo conducían la artillería gruesa, y después marchaban, entre 6.000 soldados alemanes, el Emperador, cubierto con brillante y rica armadura, y el rey Muley-Hacen, seguidos de gran número de nobles que hacían de escolta detras iba la impedimenta, guardada por 300 caballos españoles y 60 lanzas árabes, y por último, haciendo de retaguardia, caminaban dos escuadrones españoles, flanqueados por algunas lanzas, mandados por el duque de Alba.

Cansados, medio muertos de sed y casi asfixiados por el calor, llegaron los expedicionarios á la vista de Túnez, y tan extremoso era el estado de cansancio en que se hallaban, que el Emperador dudaba en acometer al enemigo; más el consejo del anciano Hernando de Alarcón, á quien Carlos V y sus soldados llamaban «padre», como muestra de respeto y cariño por su mucha edad—á la sazón tenía más de 70 años,—y por su talento y grandes prestigios militares, inclinole á empeñar batalla sin pérdida de tiempo.

La lucha fué ruda y sangrienta, heróica por demás, tanto por parte de las tropas imperiales como por las gentes de Barbaroja.

Estas, con la tenacidad propia de su salvajismo, resistían impávidas, serenas, las acometidas del enemigo, cada vez más briosas y bizarras, y debido á esto y á las ventajas que los imperiales tenían sobre los agarenos en cuanto á táctica y disciplina, no obstante la desmedida bravura de estos, á las pocas horas de pelea Carlos V obtuvo una brillante victoria, y tan decisiva, que Barbaroja, luego que organizó un poco los restos de sus tropas, emprendió precipitada huida, no deteniéndose en Túnez más que el tiempo suficiente para recoger sus tesoros.

Tan luego los cristianos llegaron ante los muros de Túnez, fuéronles abiertas sus puertas por los 10000 cautivos que en la ciudad había, quienes en cuanto supieron la derrota del sanguinario pirata se amotinaron y quedaron en libertad, no ofreciendo, por lo tanto, resistencia alguna la población; más á pesar de ello, fué entrada á saco, entregándose los alemanes á todo género de excesos, cual lo hicieron el 6 de Mayo de 1527 en el asalto de Roma, sin que lo pudieran evitar ni aun sus mismos jefes tal era la ceguedad de desenfreno de aquella soldadesca ansiosa de botín.

MAESE RODRIGO.

(Prohibida la reproducción).

OTRO INVENTO

Después de los cohetes Daza viene el invento del Señor Torres no menos sorprendente.

Hé aquí lo que leemos en la prensa de Madrid acerca de este asunto:

«En la actualidad encuéntrase en la Coruña D. Antonio Torres, quien asegura haber resuelto el problema de dar á un barco velocidades mayores de 60 millas por hora, evitando además las molestias y dificultades que para navegar ofrece el actual sistema de los cazatorpederos.

Residía el señor Torres en Montevideo, donde dió con el invento que era su obsesión.

En la República del Uruguay ofrecióronle «diez mil pesos oro» para que con esta cantidad pudiera hacer pruebas preliminares de su proyecto; pero él ha querido, como buen español, reservarlo para su patria.

El coste del nuevo buque se reduce á la mitad de los que hoy se usan, siendo igualmente inferior la fuerza motriz que precisa.

El armamento de este barco consiste solamente en cuatro armas, cuyo secreto guarda el inventor, las cuales son en alto grado ofensivas, pues lo mismo sirven para cortar los cables de los torpedos submarinos, que para volar los acorazados, aunque éstos se hallen fondeados en puerto seguro.

El mecanismo del nuevo buque, según asegura su autor, es sumamente sencillo, basándose exclusivamente en principios mecánicos.

Tiene además la ventaja de que puede ser construido en muy poco tiempo. Está resuelto á venir á la Corte para que se examine su proyecto.

Sólo pretende algún apoyo para conseguir este propósito, y parece que una autoridad de la Coruña le ha prometido ayudarle resueltamente y de una manera incondicional.»

Tenía á su hijo dormido sobre su seno: éste lanzaba algunas veces pequeños quejidos que no llegaban á despertar á la madre. Y era en verdad cosa estraña, porque Ana, como toda madre que velá por su hijo, tenía un sueño de pájaro.

Un manto de plomo había caido sobre ella, como cae sobre un ataud la losa de un sepulcro.

Cuando mas imponente era su quietud, más relumbrante su blancura, más incierta su respiración, sintióse entonces que una mano desconocida hacía vivos esfuerzos por violentar la ventana de la habitación. El estrépito de la lluvia y del viento ahogaba en parte el ruido que causaban en la madera. Conocíase que una intención siniestra agitaba la misteriosa mano que trabajaba en la parte de afuera.

Ana no se móvió: seguía con los ojos fuertemente cerrados y la boca entreabierta.

Al cabo de una media hora la ventana crujió sordamente, pue eras tan débil el cerrojo con que estaba asegurada, que al principio se ladeó y después estalló.

El aire le empujó con violencia y la abrió de par en par. Una helada bocanada de viento impregnanada de lluvia penetró hasta el mismo lecho de Ana, la cual permaneció insensible. La luz de la

lamparilla se apagó al instante, y una densa oscuridad se extendió por la estancia.

A pesar de estar la ventana abierta, apenas penetraba por ella alguna escasísima claridad.

Entonces en medio de aquel incierto caos pareció que surgían dos figuras estrañas y penetraban por la ventana como dos duendes, como dos vampiros. Creyérase que eran dos engendros malditos de un sábado horrible que el temporal los arrojaba en aquella habitación, del mismo modo que esos mochuelos que giran en la nocturna bruma para guarecerse en alguna torre arruinada.

Siguióse un silencio imponente á la entrada de estos seres; pero si un oido perpicaz hubiese escuchado, sentiría las sordas pisadas de dos hombres que se acercaban al lecho de Ana.

Era evidente que la vida, la honra ó la libertad de la indefensa madre, estaban expuestas á un peligro desconocido y terrible.

Cuando más profundo se hizo el silencio; cuando cesaron de oirse las pisadas; y en los intérvalos en que el viento plegaba sus alas para estallar después con nueva furia, percibióse una voz que dijo en un tono sumamente bajo:

—Silencio.

—Nada temais, contestó otra voz... Ella duerme.

fácil me hubiera sido el hacerle pasar esos eternos umbrales de la muerte, pero solo ha descendido á las regiones del sueño, donde si bien no hay luz ni aire, hay vida. Sin embargo, podeis agitarla, moverla, levantarla y nada sentirá.

Luego entonces aprovechemos los instantes, ¿Dónde está el niño?

—Aquí, contestó el doctor levantando el embozo de la cama.

En efecto, el blanco pecho de Ana quedó expuesto al frío, sin que ésta hiciese el más leve ademán de que estaba viva Sobre él descansaba dulcemente el hijo de Carlos II.

Asima se acercó con lentitud y fijó sus ojos en el recién nacido.

—¡Oh! murmuró cruzándose de brazos y moviendo la cabeza con sombría ferocidad, débil vástago de cien reyes que duermes tranquilo en el seno materno, y te sonríes con esos sueños candorosos de la infancia... En verdad que veo en ti esa raza altiva y degradada; ese conjunto de águilas de tus abuelos, cuya suprema inteligencia está en la frente. Sí; tu eres, niño, el último descendiente de esos césares que conquistaron al mundo y cuya semilla debo destruir... Dios ó el demonio te ha puesto en mis manos, y solo por ti he espiado esta casa, he